

Precios de suscripción

En Lorca mes . . . 0,40 pesetas.
Fuera 0,50

EL OBRERO

Redacción y Administración

Corredera, 54.

No se devuelven los originales

ÓRGANO DEL CENTRO OBRERO

UNO PARA TODOS

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

TODOS PARA UNO

De bien probado

Con razón decíamos, refiriéndonos á *El Conservador*, que, aunque fuese odre nuevo, contenía vino añejo y bien guardado. A horbotones lo vierte y derrama en el artículo «Conclusiones», con el que pone de su parte remate y término á la polémica que con *EL OBRERO* inició.

Quien guste de saborear mieles de dicción y de admirar lujos retóricos, es seguro que habrá encontrado la fruición y el deleite que nosotros hemos sentido al leerle.

¡Lástima grande que el tal artículo no sea más que un primor literario, una lindísima pieza de orfebrería periodística!

Hubiáramos preferido una galeada de prosa recia y basta, donde se contestaran nuestras preguntas, se explicaran las ambigüedades, se rebatieran los argumentos y se patentizara la decantada *si razón de nuestras razones*; pues lo que nuestro paladar de lectores aficionados á lo bien escrito hubiese perdido, habríalo ganado nuestro convencimiento de contradictores sinceros.

Galanura propia, elocuencia propia y vistoso ropaje propio tiene *El Conservador*, así como nosotros, por sentimiento natural y espontáneo y no por frívolo artificio, tenemos hacia él benévola simpatía, estimación profundísima y todas las demás predilecciones y deferencias que él dice que nos guarda, sin que nosotros necesitáramos de esa pública afirmación para saberlo. No era, por tanto, menester ningún linaje de mútua sugestión ni de *transfusiones del pensamiento*, para que él adquiriese pompas intelectuales, que de sobra poseía, ni para que nosotros nos contamináramos de afectos, que ya antes llenaban nuestro espíritu.

Afirma *El Conservador* que han podido más en nuestro ánimo las parrafadas de sus artículos que la verdad escueta y desnuda de las cuentas dadas por la Alcaldía. Perdónenos el muy apreciado órgano de la Unión Conservadora: sus parr-

fadas y las cuentas de la Alcaldía han podido exactamente igual en nuestro ánimo, porque ni unas ni otras nos han convencido. Y no atribuya á reproche contumaz esto que ahora escribimos. Las cuentas no nos han convencido porque no son cuentas: están incompletas, no son bastantes para el juicio y la crítica. Ni son buenas ni son malas (aunque algo hemos señalado y seguimos señalándolo que no nos parece bien): son insuficientes. Cuando las veamos complementadas con lo que les falta podremos decir lo que son, á nuestro parecer.

Los términos en que *El Conservador* se expresa, usando de la oficiosidad que le compete, tampoco han podido ganar nuestro asentimiento, ni el de la opinión. Con un manto de finísima literatura, ó con una capa de muy ingeniosas sutilezas ha podido envolver nuestro hábil compañero las increíbles resistencias de la Alcaldía; pero bajo las galas que ha tejido la péñola, desnuda está la resistencia, escueto se halla el disgusto de la autoridad local por nuestros análisis, y todo ello se muestra á la vista de las gentes con poco que se levante el mal ceñido envoltorio que le ha puesto *El Conservador*.

Supone el carísimo colega que hemos llegado á un completo acuerdo él y nosotros en las cuestiones disentidas, aunque nosotros no lo reconozcamos, y á este supuesto trae el *genus irritabile* y habla del apasionamiento, de los *vales* ó elegidos y de otras mil lindezas y amenidades que dan belleza y variedad al estilo, aunque no presen ni un átomo de argumentación al aserto, sin que falte aquella oportuna invocación, que en toda polémica debe hacerse, á los rincones inexcrutables y serenos de la conciencia, adonde el adversario tendrá seguramente encerrado con siete llaves, pero latente y vivo y hasta atormentador, al convencimiento honrado que se guarda y la confesión paladina que se calla.

Ingratos seríamos si no devolviéramos un millón de gracias por

el elogio desmedido para nosotros que esta divagación contiene. Pero ¡ay, querido compañero! el acuerdo no pasa de ser una fantasía sin realidad ninguna. ¿Acuerdo en qué? Con tan arraigada convicción hemos expresado desde el comienzo de esta controversia nuestro criterio que estamos hoy, como al principio, firmes en nuestro punto de vista. Y créanos *El Conservador*: desde el pensamiento, donde nacen, y la conciencia, por donde pasan, hasta los gavilanes de la pluma por donde saltan en palabras al papel, nuestras ideas no tienen vaguedad, mutilación ni disimulo: son como nacen y se muestran como son. Si en algo fueran coincidentes con las del colega, sinceramente lo diríamos: que si el amor propio es, como dice *El Conservador*, de los amores más grandes que existen, tal vez porque es de los más ilegítimos, en nosotros, aunque, como hombres que somos, exista, tiene mayor imperio y fuerza sobre las palabras y sobre las acciones el legítimo y sano amor á la verdad.

Por eso, porque no es producto de la tenacidad, sino del raciocinio, *lo escrito escrito queda*, y quedará hasta tanto que no se nos demuestre el error, la injusticia ó el exceso desmesurado de que se nos tilda; porque de la afirmación sin demostración puede decirse que *es muerta*, como lo es, según el santo decía, la fé sin obras.

Parécenos de perlas el recuerdo de las yeguas mitológicas, que el viento fecundizaba, y su aplicación al periodismo, que así recoge en su matriz gérmenes de virtud creadora como gérmenes de pasión. Mas esto no ha de entenderse, en nuestra opinión, de todo el periodismo, sino sólo de una parte de él, y no por cierto la mayor. En estas hojas de papel, que parecen iguales, hay una muy grande diversidad de clases y categorías. Yegua mitológica de estas hay (si nos es lícito continuar el símil) que nunca se fecundizó con gérmenes buenos, puesto que no dió parto que no fuese de escándalo y de infamia. Otras, y en ellas

encaja sólo la comparación, lo mismo para el vicio que para la virtud tienen la maternidad dispuesta; porque destinadas al servicio de personas ó colectividades con fines particularísimos, defienden y flagelan alternativamente el interés social, moral ó material, según se juntan ó se apartan de él sus propias conveniencias. Otras, en fin, productoras solamente de ideas y de principios con la mira puesta siempre en altos ideales, en combate perenne con las injusticias, véalas donde las vea, no son fecundizables por la pasión, por muchos gérmenes de ella que el huracán les lleve.

Como no nos consideramos ni en la primera, ni en la segunda de estas tres categorías, creemos que el símil mitológico de *El Conservador* no nos alcanza, y tal vez por tal razón dice él mismo que lo lanza á los vientos de la publicidad para que fecundice allí donde fecundizar deba. ¡Á otra yegua mitológica con él, que no faltan, por desgracia, de las dos primeras clases en que las hemos dividido!

El Conservador no quiere, según indica, hacer en lo que llama sus conclusiones un *alegato de bien probado*, porque estima que están suficientemente demostradas sus razones. Nosotros sí queremos hacerlo, aunque sólo sea en lo referente á lo más fundamental de esta discusión. Hemos dicho que las cuentas de gastos dadas por la Alcaldía á *EL OBRERO* no eran lo detalladas que debieran serlo para poder juzgarlas, y esto es probado.

Hemos dicho que la resistencia de la Alcaldía á *enviar* á la prensa, puesto que envía las cuentas, los datos complementarios de ellas, se armonizaba mal con la comezón de publicidad que se anunció á los comienzos, y también esto es verdad. Hemos dicho que nos parecían excesivas algunas notas de viajes á Murcia. En este punto *El Conservador* se afana poniendo comentarios á un viaje de *treinta pesetas*, sin reparar que hay otros que importan cerca de *setenta*, y olvidando que ha habido siempre emplea-